

CIENCIA, DIVULGACIÓN CIENTÍFICA Y CIENCIA FICCIÓN

Miquel Barceló

El mes pasado abordábamos en estas *Paradojas* la necesidad de acercar la tecnociencia al gran público gracias a actividades de divulgación científica. Conviene ahora descender un peldaño más en esta escalera que algunos, refugiados en su ridícula torre de marfil, se empeñan en considerar de degradación y banalización de la ciencia.

Siguiendo con el discurso del mes pasado sobre un personaje como Isaac Asimov, conviene reconocer que el poder del *establishment* científico es mucho. Y el terrible y habitual estigma de "*no servir para la ciencia y sólo para la divulgación*", aunque sea injusto, acaba siendo indeleble y preocupante. Formado como científico, Asimov abandonó a los veintiocho años la investigación científica para dedicarse a la divulgación de la ciencia. Pero algún especial gusanillo debió seguir vivo en él y, al cabo de los años, solía recordar que, precisamente, el invento del término y la popularización de la "robótica" eran su particular y peculiar aportación a la ciencia.

En este mismo sentido, en una de sus últimas novelas de ciencia ficción, "*Némesis*" (1989), Asimov hace que uno de los personajes secundarios, Merry, reivindique su presencia en la historia de la ciencia (aun reconociendo que sería sólo en una nota a pie de página), por haber inventado el nombre de una nueva rama científica, la *plexoneurónica*. Justo lo que Asimov parece reivindicar para sí mismo con la robótica y que, por cierto, expertos robotistas, como Hans Moravec, siempre le han reconocido.

Bien, si la divulgación científica tiene mala prensa entre algunos científicos, puede parecer una herejía incluso mayor reivindicar como destacable el importante papel de un nivel incluso más "degradado" en el difícil y necesario empeño de llevar la tecnociencia y sus consecuencias al gran público. Ese nivel, el tercero y último en cuanto a contenidos, aunque el primero en capacidad de ser comprendido, es la ciencia ficción. Una actividad narrativa en la que personajes como Isaac Asimov (1920-1992), Carl Sagan (1934-1996), Arthur C. Clarke (1917-) y tantos otros, formados la mayoría como científicos, han sido también destacados autores.

En la clásica formulación de Isaac Asimov, "*la ciencia ficción es la rama de la literatura que trata de la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología*". En consecuencia, lo que ha de resultar particularmente interesante en la ciencia ficción no es tanto la predicción de un artefacto tecnológico o una idea científica en concreto, sino, y eso es lo que realmente importa, esa "respuesta humana" a los cambios que en nuestras vidas produce la tecnociencia.

Es evidente, y nadie debe llevarse a engaño, que la especulación de la ciencia ficción se realiza con una voluntad básicamente artística y en absoluto científica. Si la prospectiva utiliza modelos racionales para intentar imaginar el futuro que nos aguarda, la buena ciencia ficción se centra en la utilización de modelos dramáticos para imaginar la experiencia de cómo será vivir en ese futuro. Y ello sin olvidar la posibilidad de intentar imaginar otras alternativas o, ¿por qué no?, denunciar algunos de sus peligros potenciales.

Por otra parte, la presencia de temas tecnocientíficos en la ciencia ficción puede llevar a un protagonismo específico, no siempre habitual, de científicos e ingenieros. En este sentido, durante muchos años me había parecido ingenua la visión que se mantuvo en la Unión Soviética, durante los años cincuenta del siglo XX, de promover la producción de narrativa de ciencia ficción con la idea de estimular carreras tecnocientíficas entre los jóvenes. Y digo que me parecía ingenua ya que, con el tiempo, he conocido no pocos científicos y/o

ingenieros que me han reconocido que las lecturas de ciencia ficción de su adolescencia no resultaron en absoluto ajenas a su voluntad de iniciar una futura carrera en la tecnociencia.

Sea como fuere, lo cierto es que la creación tecnocientífica, la divulgación o popularización de la ciencia y la buena ciencia ficción se presentan como tres niveles de la necesaria comunicación de las ideas tecnocientíficas (y sus consecuencias) entre los seres humanos de una sociedad como la actual.

En esa escala de tres niveles, en el camino de la ciencia a la ciencia ficción pasando por la divulgación científica, la respetabilidad social y la verosimilitud temática descienden, mientras que, por el contrario, suben la facilidad de comprensión y el alcance de su difusión. Son, pues, tres aspectos tal vez complementarios de la necesaria e imprescindible difusión social de la tecnociencia.

Algunos científicos han sabido desempeñar con dignidad los tres niveles existentes de la comunicación científica como, por citar sólo algunos ejemplos, han hecho astrónomos y cosmólogos como Carl Sagan, Fred Hoyle o John Gribbin, uno de los "padres" de la inteligencia artificial como Marvin Minsky, o especialistas en física de altas energías como Gregory Benford o John Cramer.

El camino es posible. Lo sabemos. Sólo hace falta hacerlo más concurrido y, como nos recuerda el poeta, "hacer camino al andar".